



Bartimeo, receptor de un canto en clave de Éxodo entre el ruido enceguedor y la melodía reveladora en Mc 10, 46-52

Mauricio Hernández Barrientos ¹

Resumen

El relato del ciego Bartimeo narrado en el evangelio de Marcos 10, 46-52 presenta una enseñanza discipular que esclarece la vocación del creyente, quien tantas veces se encuentra inmerso en contextos de opresión. Por eso, a través de una investigación cualitativa, se presenta un estudio de revisión bibliográfica que permite descubrir en la perícopa del ciego Bartimeo, al oprimido de hoy como receptor de un cántico en clave de éxodo, exponer la música popular cristiana como medio que propicia una experiencia espiritual profunda, y reconocer su importancia y peligro en la nueva evangelización. De la misma manera, se busca proponer al pueblo creyente un correcto ejercicio de este tipo de música, que contiene en sus melo-

días un poder liberador, cuando surgen como respuesta de Dios al grito de los marginados.



Palabras clave:

Música popular cristiana, Ruido enceguedor, Opresión, Melodía reveladora, Liberación.

¹ Especialista en Estudios Bíblicos, Fundación Universitaria Claretiana; cantautor católico y evangelizador de la Escuela Bíblica Católica Yeshua.
Correo Electrónico: mauricio123_1@hotmail.com

Introducción

La experiencia cristiana tiende a ser cada día más rechazada por una sociedad duramente secularizada, que pierde el origen y el norte de su existencia. Pero la propuesta de Jesús de Nazaret es inagotable, indiscutiblemente atractiva y novedosa para todo tipo de persona; es por tal motivo que, aunque en amenaza, quienes apuestan por seguir los pasos de Jesús de Nazaret como camino que lleva al Dios de la vida, deben una y otra vez, cuestionar y replantear la vivencia de la fe en las diferentes esferas. Para esto, la Biblia como manual de vida y como fuente normativa principal de la Iglesia, debe ser el punto de partida y de referencia, que lleva a iluminar la vida, disipando las sombras que impiden ser en el mundo lo que Jesús fue. En este caso, queremos acercarnos a la experiencia de fe vivida y celebrada por medio de la música, de manera especial la interpretada en ambientes populares, esto es, fuera de la liturgia de la iglesia, donde la música como herramienta de la nueva evangelización está llamada a ser respuesta de Dios a la necesidad del pueblo. No obstante, puede terminar adulterada en su tarea, y por lo tanto, resultar estéril en el quehacer evangelizador.

En un primer momento se realiza un estudio exegético del texto de Mc 10, 46-52 donde se logra aportar una comprensión histórica, literaria y teológica de lo que el autor quería expresarle a la comunidad cristiana primitiva, que como veremos, busca tocar la realidad discipular en lo más hondo de su ser, es decir, interpela la manera de ser cristianos.

En los diferentes sujetos que el evangelista presenta en su relato, se logra identificar a los oprimidos de todos los tiempos, a las estructuras de poder opresor que en alianza con el imperio y la religión llevan a la degradación de la humanidad, así como también, se identifican los agentes de liberación, quienes gracias a la escucha, logran ser manifestación de Dios en la tierra, imagen misma de lo que Dios es, para lograr así establecer su Reino.

En un segundo momento, se busca comprender el papel revelador y liberador de la música popular cristiana, haciendo una interpretación en clave de liberación, que nos advierta de las masas como generadoras de ruido opresor y degradante, así como de la persona concreta, que con rostro definido, es capaz de interpretar la melodía reveladora que restaura la visión perdida y reincorpora a los marginados a la sociedad. Para alcanzar este fin, nos acercamos al texto de Mc 10, 46-52 con un interés científico, pedagógico, artístico y por supuesto teológico, partiendo del sustento teórico que diferentes especialistas en estas áreas del saber nos han aportado, y así, pisando en tierra firme, poder analizar los ambientes de las comunidades cristianas primitivas y actuales, y ofrecerle a la comunidad creyente una piedra sobre la cual apoyarse para seguir viviendo con alegría el camino abierto por Jesús, donde

sobresale la música popular cristiana como herramienta eficaz de evangelización.

En última instancia, fundamentados en el relato de Mc 10, 46-52 ofreceremos una propuesta para el ejercicio de la música popular cristiana, como instrumento de la nueva evangelización para vivir y anunciar el Reino de Dios, el cual no solamente se anuncia a través de grandes discursos, ni bajo la argumentación de tratados o doctrinas teológicas, sino que, por medio del poder natural y misterioso de la música, puede y debe anunciar la liberación que Dios ha querido dar a su pueblo desde siempre. Pero, será que: ¿toda música cristiana, aunque tenga contenido religioso, logra abrir los ojos de los ciegos, abrir las prisiones injustas y romper las cadenas que someten a la sociedad? Quiriendo tener la luz que nos permite ver con claridad, nos acercamos al texto del ciego Bartimeo, buscando al igual que él, recuperar la vista mediante el diálogo con Jesús y así, comprender la finalidad de la música en el quehacer evangelizador, para vivir y celebrar la fe de una manera cada vez más coherente y llamativa para el mundo de hoy, que gime esperando la manifestación de los hijos de Dios.

Excavando en el relato del ciego Bartimeo Mc 10, 46-52

El relato del ciego Bartimeo que encontramos narrado en los evangelios, tiene una importancia vital para quienes pretendemos ser discípulos de Jesús. Es un relato que Marcos nos presenta cargado de detalles profundamente significativos. Por eso, en la primera parte realizaremos un acercamiento exegético que nos aporte la luz que quizá hemos perdido en el camino, y la cual, espera recibir una sociedad hambrienta no solo de pan y de agua, sino de la verdadera Palabra de Dios (cf. Am 8, 11).

Como el mismo Marcos escribe en el prólogo de su evangelio, su intención más que contar la simple historia de Jesús de Nazaret, es contar la Buena Nueva que se manifiesta al mundo en Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (cf. Mc 1, 1). Por lo tanto, el autor no maneja un orden cronológico estricto; de hecho, algunos comentarios en la Biblia de Jerusalén proponen que Marcos desarrolla su obra teniendo en cuenta los datos geográficos y los viajes del Maestro; otros como S. Fausti apoyan la teoría de W. Wrede, quien dice que la estructura teológica y toda la elaboración del evangelio está hecha sobre la teoría del secreto mesiánico; algunos como S. Carrillo proponen que la intención es presentar la identidad de Jesús desde dos títulos fundamentales: "el Mesías Davídico" que será el tema central de la primera parte de la obra (Mc 1, 9-8, 30) y a su vez "el Hijo del Hombre" que conformará el tema de la segunda mitad, donde Jesús anuncia su camino de sufrimiento, muerte y resurrección (Mc 8, 31-16, 8).

El ciego Bartimeo en el corazón del evangelio de Marcos

La narración sobre la sanación del ciego de Jericó en Mc 10, 46-52 se presenta en la segunda parte de la obra de Marcos, que como se dijo anteriormente, busca anunciar al Hijo del Hombre. Cada hecho y dicho de Jesús relatado aquí, tiene una finalidad doctrinal que no debemos perder de vista; así como el hecho de que con este acontecimiento, se cierra la narración de las 18 obras realizadas por Jesús en el evangelio, con las cuales el autor expone el poder de aquel que es Buena Nueva encarnada para el pueblo. A su vez, son dichas obras representadas en milagros, curaciones y exorcismos, las que sustentan, respaldan y confirman el anuncio evangélico de Jesús de Nazaret. Con esta perícopa de Mc 10, 46-52 se cierra la serie de enseñanzas impartidas por Jesús a sus discípulos antes de llegar a la Ciudad Santa; enseñanzas que contienen o apuntan a su misma persona, pues Él mismo, es quien contiene la Buena Nueva, Él es el mensaje y el mensajero, o por lo menos, esto es lo que puede percibirse al relacionar, el comienzo del anuncio en boca de Jesús con el prólogo del evangelio al inicio de la obra (cf. Mc 1, 1; 1, 14). Jesús de Nazaret, en este evangelio, va retirando lentamente el velo que enceguece a sus oyentes, a sus interlocutores, a sus discípulos; por medio de sus enseñanzas, ha manifestado claramente su proyecto, el estilo de mesianismo que asumió al entregar la propia vida, un proyecto que ha de ser elegido y vivido por sus propios discípulos (Castro, 2005, p. 17-31). Para esto, todos sus seguidores deben tener los ojos bien abiertos, sin cegueras, para poder entender lo que significa realmente ser discípulos de Jesús; y así, una vez en la ciudad de Jerusalén, ver cumplido el anuncio del Maestro sobre su pasión y muerte, anuncio que proclamó en tres ocasiones durante el camino (cf. Mc 8, 31; 9, 30; 10, 32); por eso, es a los pies de la cruz donde se abren los ojos del centurión ante el misterio de Dios, revelado de forma inesperada, escandalosa y blasfema en la persona de Jesús, el “sedicioso” crucificado (cf. Mc 15, 39). Imperio Romano, ceguera y exclusión social

Al palpar la historia del pueblo de Israel en tiempos de Jesús, se encuentra una sociedad dominada por el Imperio Romano, la cual no solo padecía bajo un simple modelo tributario, como llegó a pensarlo el mismo pueblo en tiempos de los Macabeos (cf. 1 Mac 8, 1-16) sino que además, llegó a ser oprimida de manera despiadada a partir del año 63 a.e.c cuando a manos del general Pompeyo, empezó a experimentar en carne propia los abusos de poder y el modelo esclavista que imponían los romanos (Miquel, 2010, p. 58-60), quienes maltrataban, violaban mujeres, vendían esclavos y realizaban asesinatos indiscriminados, muchas veces a través de crucifixiones colectivas que se convertían en un castigo ejemplar para los insurgentes y sus cómplices; y así, con estas medidas, lograban infundir pánico en la sociedad, con el fin de mantener bajo

control los intereses del imperio, permitiéndole al emperador ser erigido como “salvador” y “principio de los evangelios” bajo la supuesta “Pax Romana” (Ratzinger, 2012, pp.66-67).

El cercano oriente medio, donde se inicia y desarrolla el movimiento de Jesús, contaba con un sistema social agrario avanzado, donde la población estaba conformada en un 80% por personas campesinas, que a duras penas lograban tener lo suficiente para subsistir; un 15% estaba conformado por comerciantes, artesanos y funcionarios; y una minoría gobernante que junto a sus servidores constituían el 5% de la sociedad, estos últimos controlaban todo el poder y la riqueza. En este tipo de sociedad, dada la estructura piramidal encabezada por el emperador, era más probable un descenso social que una aspiración a mejorar las condiciones de vida. Para que las élites conservaran su condición y poderío, el imperio recurría al uso de diferentes mecanismos políticos, como el cobro de impuestos y la expropiación de tierras, las cuales eran muchas veces usurpadas directamente o se apoderaban de ellas por medio de políticas públicas que garantizaban la ruina de los más pobres, y así, eran forzados a poner en venta su propiedad. Otro mecanismo utilizado era la división institucionalizada entre la población libre y la población esclava. En este contexto, la servidumbre era vista como un bien, del cual el amo podía disponer cuando quisiera y como él considerara oportuno. Un esclavo podía ser alguien que había sido tomado inicialmente como reo, prisionero de guerra o que había sido secuestrado; inclusive, era esclavo un recién nacido de alguna mujer de la servidumbre. El amo podía regalar, vender, heredar y comprar a sus esclavos como si fueran cualquier propiedad; y podía dejarlos en libertad después de tenerlos a su servicio por cierta cantidad de años, incluso, los esclavos podían aspirar a comprar su libertad.

En los pueblos que hacían parte del Imperio Grecorromano, se fomentaba una cultura colectivista en la que las personas no se identificaban individualmente, sino por su pertenencia a uno de los grupos. Los diferentes sectores sociales compartían una cosmovisión en la cual se daba primacía al honor, tratando a toda costa de evitar la vergüenza. Esto se buscaba tanto a nivel personal como grupal; y así, se pretendía garantizar la inclusión, el aprecio y el reconocimiento social ante todos los demás, al ser considerados como personas valiosas o dignas. Dicho honor o reconocimiento, dependía fundamentalmente de la capacidad que tenía la persona de ejercer adecuadamente las tareas correspondientes a su rol social, por ejemplo, el hombre debía ser capaz de resguardar los intereses de su familia (Miquel, 2010, pp. 75-77).

Religión, ceguera y exclusión moral

En los judaísmos de la época de Jesús de Nazaret,

se ve un gran interés por la práctica de la caridad expresada en las limosnas; por lo tanto, era común que en la esencia de la alianza con Yahvé se tuviera en cuenta la ayuda al necesitado (cf. Is 58, 7); de esa manera, el judío piadoso manifestaba que era hijo de Abraham, quien acogió y alimentó a tres individuos (cf. Gn 18, 1-5). Esta práctica, debía hacerse con más fuerza y frecuencia durante las peregrinaciones a Jerusalén, por eso, era común encontrar mendigos en los caminos recurrentes (cf. Mt 20, 29); además, se creía que si estos aportes se hacían en Jerusalén, la persona tenía mucho más mérito. Incluso el gran rabino Hillel decía “Muchas limosnas, mucha paz”. Los grupos religiosos tenían prescrito el pago de dos diezmos: el primero, se entregaba a las autoridades religiosas en el templo, y al parecer se anunciaba con sonido de trompetas (cf. Mt 6, 2); el segundo, debía gastarlo el oferente en la ciudad y se utilizaba para actividades benéficas a favor de los prosélitos, las viudas y los huérfanos. Incluso existían dos instituciones: Tamjuy destinada a los pobres que pasaban por la ciudad y la Quppah que ayudaba semanalmente a los habitantes pobres con alimentos y vestidos. También al interior de los Esenios había personas encargadas de velar por el bienestar de los peregrinos de sus comunidades. No obstante, aunque estuviera prescrito en la Ley, esto no garantizaba su cumplimiento; de hecho, se duda que fuese una práctica recurrente en la mayoría de piadosos (Jeremías, 1969, pp. 147-149). El Templo no solo era un lugar de culto, sino que era un centro donde se ejercían algunas profesiones, por tanto, era utilizado para obtener remuneración, especialmente durante los trabajos de remodelación a manos de Herodes el Grande, pero también durante el culto religioso, donde habían diferentes oficios que eran privilegio de algunas familias que heredaban la responsabilidad de generación en generación.

La nobleza judía estaba conformada principalmente por las personas pertenecientes a los grupos sacerdotales, encabezados por el Sumo Sacerdote, quien en ausencia de la monarquía, se convirtió en su figura más importante. Sin embargo, durante la época de la dominación romana, especialmente en tiempo de Herodes el Grande, el sacerdocio empezó a perder relevancia, credibilidad y prestigio ante el pueblo, pues como se mencionó antes, eran las mismas autoridades romanas quienes según sus intereses, nombraban o quitaban del cargo al Sumo Sacerdote, por lo cual, surge una constante rivalidad entre los mismos sacerdotes afanosos de poder y empiezan a surgir paulatinamente los casos de simonía (Jeremías, 1969, p.185).

Según esto, la religión judía, aunque tenía en la esencia de su ley el cuidado a los más vulnerables, en tiempos de Jesús de Nazaret se había convertido en una religión que oprimía a las personas, con una serie de leyes que fueron tomando mayor relevancia, entre estas, estaban

las que implicaban dinero, esto es, el pago de diezmos, las ofrendas y la compra de animales para los sacrificios rituales; pues con estas leyes, se tenía una manera sigilosa y segura de enriquecerse y de asegurar los intereses de los pontífices y de los oficiales del Templo; de hecho, el oro del Santuario llegó a convertirse en algo por lo cual se podía hacer un juramento como compromiso con Dios (cf. Mt 23,16). El grupo de los Fariseos había tomado gran relevancia en Jerusalén pues llegaron a constituir la mayoría del Sanedrín; estos, con sus leyes de purificación y las prácticas rituales, en vez de acercar al pueblo a la alianza con Yahvé, lo alejaban cada vez más, al no considerarlos dignos de estar ante la presencia de Dios. Se puede notar entonces, que en principio su enseñanza podía ser buena y digna de practicarse como lo reconoce el mismo Jesús de Nazaret (cf. Mt 23, 3), pero llegó a convertirse en un yugo pesado, esclavista, que descuidaba lo más importante de la Ley (cf. Mt 23, 23) y terminaba haciendo hincapié en las prescripciones de los diezmos, sacrificios y otras prácticas que ni ellos mismos realizaban, pues su experiencia religiosa había sido traspasada por la apariencia, por la hipocresía religiosa, donde lo externo se convierte en lo más importante; es decir, los vestidos, ornamentos y puestos a ocupar en los banquetes, entre otros (cf. Mt 23, 4-7).

Dentro de estos contextos que podríamos llamar ruidosos es donde surge Jesús de Nazaret, quien vive y desarrolla una experiencia que muchos han visto como revolucionaria o liberadora, pues toda su vida es un signo de contradicción no solo para los poderes políticos y religiosos que oprimían y marginaban a los más pobres y débiles; sino también, para las masas que querían levantarse con el ruido tormentoso de las armas, en contra del imperio que les sometía (cf. Lc 2,34).

Los Detalles Literarios del Relato de Marcos 10,46-52

En esta perícopa se puede descubrir una catequesis cargada de un gran mensaje revolucionario y liberador, en medio de una sociedad sumamente esclavizada y oprimida por los poderes religiosos y políticos. Según Casas (2016) la intención de Marcos no es simplemente presentar un relato curativo, sino que va mucho más allá; en esta curación, el evangelista pretende reforzar la experiencia del llamado, la vocación a ser discípulos de Jesús de Nazaret, llamado que recae en todos los seres humanos.

En su forma literaria, se percibe que el evangelista ha conseguido desarrollar toda la vida pública de Jesús valiéndose de diversos llamados que inician en Galilea y culminan en Jerusalén; estos acontecimientos vocacionales que Marcos nos presenta, parecen constituir la base de su obra. Por eso, mientras Jesús bordea el Lago de Galilea, llama a sus primeros discípulos Simón, Andrés, Juan y Santiago (cf. Mc 1, 16-20); hasta que saliendo de Jericó,

justo antes de llegar a la ciudad de Jerusalén, se encuentra a Bartimeo, quien será el último en enlistarse al grupo de discípulos (pp. 313-314).

Según Robins, citado por Casas (2016), lo que busca el evangelista con el relato de la curación del ciego Bartimeo es enseñar la unidad inseparable entre el mesianismo sufriente de Jesús, la autoridad que se ejercía en Jerusalén, y la respuesta discipular. Lo anterior se podría evidenciar en el verbo $\theta\acute{\epsilon}\lambda\omega$ (querer o desear) utilizado por Marcos en diferentes momentos, comenzando con el relato de la sanación del leproso que exclama frente a Jesús: "Si quieres puedes limpiarme" (cf. Mc 1, 40). También aparece en las enseñanzas durante el camino, donde el evangelista presenta el mismo verbo en varios momentos; dos de ellos luego del primer anuncio de la pasión, cuando Jesús habla a quienes desean ser sus discípulos, quienes quieran serlo, deberán negarse a sí mismos, cargar la cruz y seguirle (cf. Mc 8, 34); en el versículo siguiente v.36 nos habla del deseo de salvar la vida, que sólo es posible de lograr perdiéndola por la causa del Reino (cf. Mc 8, 35). Lo mismo sucede después del segundo anuncio de la pasión, donde los discípulos siguen sin comprender lo que Jesús trata de enseñarles; por lo tanto, advierte a sus discípulos que: quien quiere ser el primero, debe hacerse el último (cf. Mc 9, 35). Después encontramos el mismo verbo en el tercer anuncio de la pasión, cuando Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, tienen un deseo, allí Jesús formula una pregunta similar a la hecha a Bartimeo: "¿Qué queréis que os conceda?" y después de escuchar que desean tener un puesto importante a su derecha e izquierda, Jesús hace entender que a pesar de ser dos discípulos pilares de la comunidad cristiana, aún no saben lo que piden, están ciegos en cuanto a sus búsquedas e intereses (cf. Mc 10, 35-38). Inmediatamente después, viene el relato del ciego sentado al borde del camino, que también quiere algo, pero su interés se distancia grandemente de quienes pretenden seguir a Jesús, ya que este hombre no busca el primer lugar como lo pretendían los hijos de Zebedeo, sino que lo único que desea es la compasión que puede brindarle el Hijo de David, título que según Carrillo (2008) no contiene carga política, ni nacionalista. Jesús pregunta lo mismo a Bartimeo que a Juan y Santiago: "¿Qué quieres que haga por ti?" (cf. Mc 10, 51) a lo que el ciego responde con el título de "Rabbuní", "quiero ver".

Sanando la visión a través de la escucha

En este ciego sentado a la salida de Jericó, el evangelista está representando inicialmente a los cristianos de todos los tiempos, que por la ceguera, somos incapaces de comprender y de seguir a Jesús de Nazaret por un camino de humanización constante. Por lo tanto, nos quedamos sentados al borde del camino, inactivos, estancados, anquilosados en las preconcepciones religiosas y políticas, en

los espiritualismos fantasiosos y mágicos; y como consecuencia de esto, la sociedad nos mira como incompetentes, como una religión que no es útil al mundo, que deja de ser Buena Nueva al no ser capaz de transformarlo. No obstante, hay esperanza si logramos escuchar la voz del Maestro, si nos comportamos como ovejas que reconocen la voz de su pastor, que tienen conciencia de la ceguera que les oprime, la cual, ha sido generada en muchas ocasiones por la búsqueda obsesiva de poder, honor y prestigio.

La experiencia de la Escucha es una característica principal del discípulo de Yahvé, pues para seguir la instrucción de Dios y recorrer el camino de justicia, de vida y felicidad, es imprescindible que el Shemá sea una práctica constante del pueblo (cf. Dt 6, 4; 30, 15; Is 50, 4). Es la Escucha lo que transforma la mente y el corazón, la que ilumina el cuerpo entero; pues si el ojo, que es la lámpara del cuerpo, está a oscuras, lo estará también el cuerpo completo (cf. Mt 6, 22). Si observamos una vez más a Bartimeo, nos daremos cuenta que este se entera que Jesús de Nazaret es quien está pasando por su lado; esa primera experiencia de escucha es tan profunda y significativa que no solo lo moviliza a gritar por salvación, sino a ignorar las voces ruidosas de la multitud que lo reprendían para que se callase (cf. Mc 10, 48). De igual manera, en la persona de Jesús vemos al maestro que no pretende simplemente ser escuchado, sino que su objetivo principal, es escuchar la necesidad del sufriente, por eso inclina su oído, pues desea conocer de cerca la aflicción de su pueblo; entonces se detiene y propicia el encuentro con aquel mendigo. Caso contrario son los discípulos y la multitud; estos consideran el grito de aquel ciego como algo molesto, que entorpece la procesión a Jerusalén, y por eso, terminan por endurecer su corazón como Masá y Meribá, al no escuchar la voz de Dios que sufre con los desamparados.

Vemos pues cómo la escucha atenta de Bartimeo, lo constituye en un verdadero discípulo, y gracias a ello, la Palabra creadora cumple su cometido al recrear los ojos del ciego, regalando la luz que se necesita para comprender lo que vivirán en Jerusalén. Marcos ha mostrado a lo largo de su evangelio el poder de la Palabra en el corazón de los interlocutores, ya sean discípulos, endemoniados o enfermos, que al escuchar la voz de Jesús empiezan a ser testigos del poder de Dios. Sin embargo, esa visión solo será plena ante la cruz, ya que aún después de que el discípulo recupera la vista, y comprende el camino de Jesús siguiéndolo libremente por el camino, tiene la posibilidad en el trayecto de su vida de fe, de llegar a llorar amargamente tras negar al maestro como hizo Pedro, por querer evitar la muerte como consecuencia de involucrarse fielmente con la construcción del Reino de Dios (cf. Mc 14, 64).

Entre el ruido enceguedor y la melodía reveladora

Al hacer una lectura de Mc 10, 46-52 donde el evangelista presenta la situación de opresión que experimenta el ciego Bartimeo y su experiencia de revelación y liberación por parte de Jesús, se hace posible pensar en la música, y de manera especial, en la música popular cristiana, como medio apocalíptico, es decir de revelación. Para comenzar, debemos reconocer que la música en general tiene un poder trascendental, quizá por eso ha acompañado la experiencia religiosa desde sus inicios, de hecho, pueden existir culturas que no tengan escritura, pero no existe ninguna que no tenga su propia música. Su poder lo confirma actualmente la neurociencia, pues ha comprobado en los últimos años, que es una de las cosas que más impacta al cerebro, pues cada sonido tiene la capacidad de influir directamente en las emociones, en el movimiento corporal e incluso en la memoria, activando todas las áreas cerebrales, provocando procesos fisiológicos y químicos que están involucrados en el sistema de recompensa (Buentello et al, 2010, p.161). Su capacidad de influenciar al ser humano trasciende lo cultural, académico, político y religioso; esto quiere decir, que un aborigen, un niño, una ama de casa y hasta un gran cosmopolita intelectual, pueden sentir lo mismo, ya sea tristeza, tranquilidad o alegría, al ser expuestos a la misma señal acústica. De hecho, se podría decir que ha sido el sonido y su interpretación por parte del cerebro, una de las cosas que ha permitido que sobrevivamos ante las amenazas o riesgos durante el proceso evolutivo (Punset, 2011, pp.1-2).

El ruido enceguedor en los contextos de Mc 10,46-52

Si damos una mirada a Jesús y a la realidad que el evangelio de Marcos nos presenta, descubrimos un pueblo envuelto por una amplia gama de sonidos. Por un lado, están los sonidos que emergen de manera desordenada, que generan opresión, aturdimiento y letargo a la sociedad; estos son, por ejemplo: el ruido de los espíritus inmundos (cf. Mc 1, 23s; 5, 7); el ruido tormentoso del viento y las aguas (cf. Mc 6, 46); las sentencias de las autoridades políticas y religiosas que castigaban despiadadamente y se burlaban de Jesús de Nazaret (cf. Mc 14, 64-65; 15, 13.19); las calumnias de quienes querían sacar adelante sus intereses egoístas (cf. Mc 14, 57); el ruido de la negación y de las maldiciones en boca de Pedro seguido por el canto del gallo (cf. Mc 14, 71-72); el silencio de los Fariseos al ser interpelados por el Maestro (cf. Mc 3, 4) y los gritos de una multitud religiosa que silencia a los necesitados cuando estos quieren levantar su voz suplicante (cf. Mc 10, 48). Por otro lado, el autor del evangelio nos presenta otra serie de sonidos, que podríamos llamar bellos o armonio-

sos para los oídos; por lo tanto, liberadores, pues contrastan con los ruidos anteriormente mencionados. Marcos nos habla en este caso de la voz de Juan el Bautista proclamando su mensaje en medio del desierto (cf. Mc 1, 3); la voz de Jesús de Nazaret anunciando en Galilea que el tiempo se ha cumplido y que el Reino de Dios se ha acercado (cf. Mc 1, 14-15); la voz del Padre que desde el “cielo abierto” reconoce a su Hijo amado (cf. Mc 1, 11); hasta llegar al sonido que centrará nuestra atención, la voz de Bartimeo clamando necesitado de libertad y la voz de Jesús que en Mc 10, 46-52 responde a la necesidad de este hombre oprimido al borde del camino.

Cuando hablamos de ruidos podemos referirnos a aquellos sonidos que se emiten de manera disonante, que aturden a las personas, que son estrepitosos y llegan a generar una atmósfera caótica, de modo que causan precipitación interior y aturdimiento a quienes los oyen. A veces -cuando son muy intensos- pueden llegar a robar la paz y a dejar a las personas en un estado de opresión; por decirlo de otro modo, los ruidos son todo aquello que se levanta en el cosmos pretendiendo alterar el orden natural establecido por el creador, generando alienaciones y sugerencias en el ser humano. Por otro lado, cuando hablamos de silencios y sonidos armoniosos, es posible hablar de música, que como lenguaje natural y universal es utilizada para expresar todo tipo de pensamientos, sentimientos y emociones. Entonces podemos entender la musicalidad como aquellos sonidos bellos, estéticos, que son agradables para el oyente y que logran apaciguar a quien los escucha; son esos sonidos donde se combina lo natural y lo cultural, permitiendo que el mensaje llegue con claridad, generando una dinámica deleitosa que se despierta en lo más hondo de la persona y la mueve a liberarse de todo aquello que quiere dominarle (Fubini, 2005, p.96). Es así como a través de la habilidad de hacer música, vemos en el ser humano una expresión de su realidad trascendente, que plasma en las melodías, los símbolos que expresan su capacidad de Dios, la consciencia del otro, de sí mismo y del entorno.

Como se ha dicho antes, la música ha estado presente en la experiencia religiosa a lo largo del tiempo; y por supuesto, la religión judía, de la cual hacía parte Jesús de Nazaret, ha acompañado su culto a Yahvé con himnos de alegría, con cánticos, danzas, cítaras y tambores; de manera especial los Levitas, quienes se encargaban de marchar al frente de la comunidad entonando cantos e interpretando los instrumentos (cf. Ne 12, 27; Sal 33, 2; 81,1; 98, 4). Incluso, si tomamos como referencia el relato del Génesis, podríamos hacer un análisis sobre la música y su papel en la historia del pueblo judío, de la religión y de la monarquía. Por ejemplo, podemos darnos cuenta que según el texto, es Yubal el antepasado de los músicos, o más exactamente de quienes tocan la cítara y la flauta (cf. Gn 4, 21); ambos instrumentos eran utilizados especial-

mente en los palacios y estaban dispuestos para el servicio de la monarquía para generar placer y propiciar calma al rey en tiempos de angustia o de ansiedad; el sonido debía ser agradable para poder ser aceptado por el monarca (cf. 1 S 16, 16). Es valioso para nuestro análisis, tener en cuenta que Yubal es uno de los descendientes de Caín, aquel personaje mitológico que hizo que recayera sobre él y su descendencia la maldición de Yahvé por matar a su propio hermano (cf. Gn 4, 11). En este punto es importante recordar que este texto no es una verdadera genealogía, sino que es propiamente un mito de la tradición Yahvista, con el que se pretende anunciar a Caín como el progenitor o gestor de los diversos grupos de poder que han afectado la historia de la humanidad, por el hecho de convertirse en tentación para hombres y mujeres, pues quien está fuera de ellos o sus estructuras, queda relegado al grupo de oprimidos (De la Torre, p.70); es decir, podría afirmarse que Yubal trae consigo el *modus operandi* del fratricida por antonomasia, lo cual permitiría comprenderlo como el padre de la música opresora, o más bien, como la estructura o grupo generador de un ruido enceguecedor, aquel que genera la muerte del hermano y carga sobre sus hombros la tristeza y la frustración por la incapacidad de transformar la tierra con su trabajo, es decir, es una música que por más que resuena en los oídos de quienes la escuchan, no produce fruto alguno, no tendrá la capacidad de devolver la vista, de revelar a Dios ni a su camino. Según lo anterior, podríamos comprender a la multitud de Mc 10, 46-52 como descendientes de Yubal, intérpretes de la cítara y la flauta, los instrumentos musicales que fueron mencionados en el libro del Génesis como opresores, con capacidad de envolver al pueblo con su melodía, adormeciéndolo y llevándolo a caminar con una modorra constante que enceguece; este es pues el ruido que produce la multitud que sigue a Jesús de Nazaret a la salida de Jericó.

Por esta razón, queremos mirar el relato del ciego Bartimeo en Mc 10, 46-52 con una perspectiva crítica de la música religiosa, redescubriendo así su función liberadora como melodía al servicio de la revelación del Dios y Padre de Jesús de Nazaret, la cual es útil para propiciar un encuentro en clave de Buena Nueva con el Abbá, y para llevarnos por el camino de la salvación, pues esto es lo que genera la voz de Jesús en los oídos del ciego, que después del ruido enceguecedor, logra escuchar la melodiosa voz de Jesús resonando en sus oídos y en su corazón, poniéndolo frente a sí y después preguntándole “¿qué quieres que haga por ti?” (cf. Mc 10, 51). Así, la música cristiana deja de convertirse en mero ruido que oprime y enceguece a la comunidad creyente, cesa la marginación del prójimo, e impide que se quede postrado en condición de mendicidad, condición que por momentos pareciera extenderse eternamente, pero al final, termina sacando la vida del borde del camino, devolviéndole a la persona la capacidad de transformar su entorno y de recorrer el proyecto humanizador de

Dios.

Como vemos, el ciego Bartimeo está sentado a la salida de Jericó, aquella ciudad antigua, que según el relato bíblico, fue conquistada por Josué y el pueblo después de seguir las instrucciones de Yahvé de marchar alrededor con el arca de la alianza, mientras los sacerdotes tocaban las trompetas y la multitud daba un fuerte grito para que los muros cayeran (cf. Jos 6, 1-16). Aquel mendigo ciego, hijo de Timeo, estaba sentado al borde del camino, probablemente porque esta era una de las rutas por donde los peregrinos a Jerusalén solían pasar dando las limosnas del segundo diezmo. De repente, una procesión conformada por Jesús de Nazaret, sus discípulos y una gran muchedumbre, pasa por el lado del ciego (cf. Mc 10, 46); después de escuchar los gritos de Bartimeo pidiendo compasión a Jesús, muchos de los que iban detrás del Maestro le reprendían para que se calle (v. 48); es posible ver en estos muchos seguidores que reprenden ferozmente al ciego, a la Iglesia peregrina por el mundo, que aunque pretende seguir los pasos del Hijo de Dios, termina muchas veces ignorando la voz sufriente del prójimo y hasta acallándola, convirtiéndose en descendientes de Yubal, la estructura opresora. Podríamos decir que el sonido que sale de la boca de la muchedumbre es el ruido disonante, que a veces resuena en nuestra iglesia con canciones que no dan vida, que no dan luz; canciones que simplemente se convierten en una limosna más, que reciben los mendigos de hoy en día, una limosna determinada por la pura emoción, que a veces hace llorar y otras veces genera euforia, pero después de que pasa el momento, no queda ningún rastro de humanización, ni de compromiso discipular; por tanto no hay huellas de haber logrado ese reinar de Dios establecido en medio de nosotros.

Por último, es necesario mirar a la iglesia, al pueblo de Yahvé donde se pretende dar gloria a Dios Padre con canciones que expresan la realidad celestial, que hablan sobre los ángeles o del poderoso rugido del león de la tribu de Judá; incluso se utilizan expresiones como el cielo canta y el infierno tiembla cuando la iglesia se reúne a adorar a Dios, y sin darnos cuenta, terminamos poniendo la música una vez más al servicio de las estructuras de poder y dominio, dejando de lado las palabras de Jesús de Nazaret que hablaba de una fiesta en el cielo, cuando se encuentra a un perdido, más que cuando se reúnen los justos (cf. Lc 15, 7.10.32). En ocasiones, pareciera como si se ignorara o despreciara la encarnación, el pueblo en el cual Dios Padre se sigue revelando en los bienaventurados, que según Jesús de Nazaret son los que heredan el Reino (cf. Mt 5, 3-12). Por lo tanto, la música religiosa se convierte en ruido enceguecedor cuando al igual que las muchedumbres, ignoramos que eso que se hace con los más pequeños, con Dios mismo se está haciendo (cf. Mt 25, 31-46). Y se termina pasando de largo por la vida de los mendigos de hoy, dejando atrás nada más que ruido y polvo.

La melodía reveladora como don de Dios para su pueblo

En la perícopa de Mc 10, 46-52 es posible contemplar el paso de la melodía reveladora, esa que ha estado presente a lo largo de las Sagradas Escrituras, donde cada nueva etapa de la revelación del Dios liberador va acompañada de un cántico nuevo. Por ejemplo, cuando Moisés logró pasar el Mar Rojo junto con el pueblo de Israel, se comienza a cantar alegremente la salvación de Dios al experimentar que Yahvé abrió en dos el mar que les impedía seguir caminando hacia la tierra prometida (cf. Ex 15, 1); de la misma manera, cantaron a Yahvé cuando les dio a beber agua en medio del desierto (cf. Nm 21, 17), y así, en cada nueva etapa de revelación divina, surge un cántico nuevo entonado por un pueblo que experimenta la salvación.

Por su parte, los evangelios nos permiten saber que Jesús de Nazaret y sus discípulos acompañaron también el culto a Dios Padre con música, más exactamente con el cántico de los Salmos (cf. Mc 14, 26; Mt 26, 30). Así mismo, el evangelio de Lucas presenta cuatro cánticos evangélicos como manifestación de la experiencia liberadora Dios en Jesús por obra del Espíritu Santo, estos son: el Magnificat en boca de María la madre de Jesús, quien llena del Espíritu de Dios experimenta y proclama la liberación del Israel oprimido en casa de su pariente Isabel (cf. Lc 1, 46-55); otro cántico evangélico relatado por Lucas es el Benedictus que en boca de Zacarías, padre de Juan Bautista expresa la bendición al Dios redentor (cf. Lc 1, 68-79), tanto el cántico de Zacarías como el de María, son expresión de una celebración inédita y decisiva del pueblo que ve la intervención liberadora de Dios en el amanecer de los tiempos nuevos. No obstante, el Magnificat y el Benedictus sitúan dicha intervención divina no solo en la memoria de Israel, sino que extienden hacia el futuro el actuar de Dios (Gruson, 1993, p.21). Otro canto que se encuentra en el evangelio de Lucas, es el Gloria que proclaman los ángeles del cielo durante el nacimiento de Jesús (cf. Lc 2, 13-14); y por último, el evangelista presenta el Nunc Dimitis, puesto en boca del anciano Simeón, quien inspirado por el Espíritu Santo, después de contemplar con sus ojos al Mesías prometido, logra experimentar la salvación de Dios revelada en la persona de Jesús, en quien el Padre ha cumplido su promesa y le permite a su pueblo caminar en paz (cf. Lc 2, 29-32). De igual manera, el libro de Los Hechos de los Apóstoles nos narra que Pablo y Silas acompañaban su experiencia mística con cánticos, cuando Lucas los presenta cautivos en la cárcel de Filipos, lugar donde tuvieron una experiencia con Dios-Padre liberador, cuando se les cayeron las cadenas de las manos y se abrieron las puertas de la prisión ante sus ojos, mientras entonaban himnos a media noche (cf. Hch 16, 25). También en las cartas del Nuevo Testamento y en el Apocalipsis de Juan, aparecen

diversos cánticos de la comunidad cristiana, que son presentados como medio de liberación y como expresión de la misma (cf. Ef 5, 18; Col 3, 16; Ap 5, 9; 14, 3; 15, 3).

No solo la Biblia está llena de sonidos, también el mundo que habitamos está plasmado de melodías, basta con alejarnos del ruido de la ciudad, de los automóviles, las motocicletas, de la familia y de las personas que transitan por las calles, distanciarnos del ruido de las máquinas industriales, entre otros, incluso irnos a un lugar silencioso, alejado en la montaña, para darnos cuenta que aún allí seguimos encontrando sonido, solo que ya no enceguecedor, molesto, disonante; sino armónico, bello, deleitoso. Este sonido es emitido por el viento que golpea, por las aves que anidan en los árboles o que vuelan por el aire; también lo genera el pasto que pisamos o el crujir de las hojas secas que están caídas en medio del camino; de hecho, si nos damos cuenta, el propio lenguaje está musicalizado por el acento de una región, y es esto último, lo que nos permite aprender a hablar más fácilmente (Punset, 2011, p. 7); es decir, la música influye en nuestro aprendizaje; es por eso que la letra de una canción cuando se acompaña de la melodía, se aprende más fácil que la letra de un poema; esto podría deberse a lo que explica Darwin (1909) sobre el origen del hombre, cuando habla de que antes de surgir el lenguaje articulado, el hombre primitivo producía sonidos musicalizados (p.38).

El origen y la función de la música sigue siendo un misterio para la ciencia, pero sin lugar a dudas es un don de Dios para el ser humano, que aunque compleja y difícil de describir, ha servido a través del tiempo a todas las culturas, para generar lazos de fraternidad, para integrar y cooperar los unos con los otros, incluso para darle identidad a cada pueblo; más aún, este don maravilloso de Dios es conocido como “el lenguaje universal” (Lozano et al, 2013, p.18). La música resalta las emociones, tiene la capacidad de influir en nuestro estado anímico, puede ser utilizada para aportar relajación, pues llega hasta el núcleo cerebral de las emociones, permitiendo por ejemplo, que personas con autismo, estrés postraumático, depresión, víctimas de abusos o diversos traumas, puedan recibir ayuda terapéutica por medio de estímulos musicales (Punset, 2011, p. 3). Según Fubini (2001) la música tiene gran influencia social, permite una gran cohesión de la humanidad, contribuye a la creación de nuevas relaciones entre las personas, y recibe estímulos múltiples del ambiente (p. 164).

Lo anterior se da gracias a la acción sobre las neuronas espejo, que hacen posible que el ser humano se identifique con los sentimientos del otro, permitiéndole experimentar empatía ante el dolor ajeno, pareciera que acompañadas de la música, las personas logran regresar a una experiencia tribal, donde la indiferencia o el egoísmo desaparecen, y pueden venirse abajo los muros que nos dividen. Punset (2011) expresa incluso que la música, es en

sí misma más veraz, y por tanto, más confiable en lo que transmite que el mero lenguaje hablado; ya que este último, aunque fue desarrollado con el fin de comunicarnos más claramente, puede usarse también para confundir o desinformar (p. 9).

Por otro lado, la medicina moderna ha incorporado entre sus métodos terapéuticos la música, esto es lo que se conoce como “musicoterapia”. Se ha descubierto que personas que padecen afasia cerebral de Broca (dificultad para articular palabras y hablar con fluidez), enfermos de Alzheimer, Parkinson y encefalitis letárgica (una especie de letargo mental que produce incapacidad para moverse), pueden mejorar su estado de salud (Sacks, 2015, p.4), pues la música genera activación de las estructuras encargadas del procesamiento emocional, tales como el sistema límbico, paralímbico y la amígdala cerebral, encargadas de iniciar, mantener y finalizar las emociones primarias, las cuales ayudan a la supervivencia; sin embargo, el cerebro tiene una manera diferente de procesar la música a la que se genera durante el habla o cualquier ruido, a este procesamiento cerebral se le ha dado el nombre de “cognición musical” (Lozano et al, 2013, p. 18). Entonces, si la música tiene tanto poder como para contribuir a la salud del ser humano, es indiscutible que es un regalo del Padre bueno, para que por medio de ella, se siga recibiendo la sanación/-salvación que ha querido dar en su Hijo.

Cómo Proclamar al Dios Liberador por Medio de la Música

Dios se ha revelado al ser humano desde la palabra, ha hablado a través de los profetas y las personas inspiradas, que movidos por el Espíritu han manifestado el querer de Dios, pero en la plenitud de los tiempos, Dios nos ha hablado a través del Verbo encarnado (cf. Hb 1,1-3). Sin embargo, esto no quiere decir que después de Jesús, Dios no siguió hablando, sino más bien, que desde Él, su palabra se sigue extendiendo hacia el futuro, pues su mensaje es siempre actual y actuante, por lo tanto, continúa expresando la novedad perenne del Reino. Por este motivo, para proclamar a Dios, el Dios de Jesús, el mismo Dios del Éxodo -que revelándose a Moisés y a los Israelitas se ha mostrado sufriente con su pueblo y movilizado por un amor misericordioso para liberarlos-, es necesario que, quien canta o por lo menos quien hace música, tenga un conocimiento en la Palabra, en el Verbo que se expresa en clave de revelación; que abre los ojos de los ciegos como Bartimeo para liberarlos de todo yugo opresor y permite hacer camino de vida en abundancia (cf. Jn 10, 10).

Es así como la pasión del artista no debe ser esencialmente la misma música, sino que su centro y mayor pasión ha de ser la Palabra comunicada a los hombres y mujeres, su deseo más grande debe ser el escuchar la melodía que yace en el corazón del Padre antes que

cualquier otra, pues el hijo, solo puede comunicar lo que ve del Padre y lo que este le encarga (cf. Jn 1,18-20; 5,19). Desde las Sagradas Escrituras podemos afirmar que quien pretenda hacer resonar un cántico liberador en el mundo de hoy, primero debe retornar, una y otra vez, al encuentro con el Padre misericordioso, que en las Escrituras sale siempre al encuentro de sus hijos y conversa amorosamente con ellos (Dei Verbum, 1965, 21).

Otro aspecto que se requiere para comunicar a Dios por medio de la música y para romper las cadenas que aprisionan al pueblo tras ser impuestas por las estructuras de poder, es la inspiración que viene de la contemplación de la realidad, del mundo que nos rodea, de descubrir lo bello y feo que hay en él, lo armonioso y lo caótico y la presencia del bien y del mal que forman parte de esta historia, en medio de la cual Dios ha querido construir su morada (cf. Jn 1,14). Pues, solo quien ve y escucha con un corazón sensible y atento al mundo que le rodea, prestando atención a los mendigos que están sentados, gritando al borde del camino sin ser escuchados por nadie, podrá llegar a componer una melodía reveladora o a tener la capacidad de interpretarla movido a misericordia, al igual que Jesús, lo que ha sido compuesto como melodía en clave de Buena Nueva por alguien más. Esta es la experiencia que vemos transmitida por el evangelista Marcos en la persona de Jesús, pues como decíamos anteriormente, antes de que sus labios pudieran emitir una melodía de liberación, Jesús escuchó la voz del Padre mientras era sumergido en el misterio de Dios al ser bautizado por Juan. Tras escuchar la melodiosa voz de Dios -que de seguro es dulce como la de quien ama- (cf. Ct 2,14), Jesús se dirige al desierto donde tiene la capacidad de distinguir el ruido enceguedor de la tentación, para después comenzar a proclamar con claridad y contundencia la Buena Noticia en su máxima expresión: Jesús, el gran cántico de Dios, pues en Él, en el Hijo, Dios se ha hecho preciosa melodía que comienza a resonar en Galilea, proclamando que el tiempo se ha cumplido y que el Reinado de Dios se ha acercado (cf. Mc 1,14s).

Una Comunidad que Recobra la Vista Gracias al Cántico Liberador

La música es importantísima en el proceso de aprendizaje, por lo menos esto es lo que se ha descubierto en los últimos tiempos en el campo de la educación y de las neurociencias; por eso son bien conocidas para nosotros, algunas canciones infantiles que nos han acompañado en nuestro proceso de aprendizaje durante los primeros años, canciones que estimulan la memoria, permitiendo el aprendizaje de vocales, colores, números, historias y cuentos con mayor facilidad. Y es que según Montessori (2013) los niños tienen periodos sensitivos en los que parecen abrirse para reconocer algunas cosas e ignorar otras, pues

existe en ellos una capacidad especial y única que les permite aprovechar estos períodos que contribuyen a su crecimiento. Precisamente son las relaciones sensitivas entre el niño y el entorno, las que aportan una especie de llave que nos permite adentrarnos en el misterio del ser humano, quien a través de las emociones, logra entrar en contacto con el mundo y así construir su conciencia, pasando de los sonidos caóticos y confusos a los atractivos y fascinantes del lenguaje articulado, que aunque incomprendible en el momento, se convierte en música deliciosa que llena el universo (p.42). Así mismo, el aprendizaje es indispensable para alcanzar la libertad que anhela el ser humano; según Freire (2013) hablando sobre la pedagogía del oprimido, presenta un peligro especial y determinante en la relación educador-educando, de modo que tras convertirse en una relación discursiva, narrativa y disertadora, el educador conduce a los educandos a la memorización mecánica, como si fueran dóciles vasijas que necesitan ser llenadas, sin oponer resistencia, sin cuestionar, sin chistar (p.51). No obstante y de acuerdo con Mellado, Freire habla de la importancia de la palabra, del valor inmensurable del diálogo en el proceso educativo para alcanzar la liberación; pues “no hay palabra verdadera que no sea una unión inquebrantable entre acción y reflexión, y por ende que no sea praxis”(p.). Por esto, al decir la palabra verdadera el mundo puede ser transformado. Caso contrario es la palabra inauténtica, que surge de la dicotomía entre elementos de la educación liberadora, (palabra, acción y reflexión), al sacrificar uno o varios de ellos se termina dejando la educación en mera palabrería vacía o generando un activismo sin reflexión que imposibilita el diálogo, esto hace que la educación sea incapaz de denunciar verdaderamente las injusticias que padece la sociedad, pues sin acción no hay compromiso, y sin compromiso no hay transformación del mundo; en efecto el autor afirma que “los hombres no se hacen en el silencio, sino en la palabra, en la acción, en la reflexión” (Freire, 2013, p. 70-71). Siendo así, la música como arte que rompe el silencio y como vehículo de la palabra, debe invitar a la reflexión y a la acción constante, pues sin lugar a dudas, el arte interviene en nuestra manera de ver el mundo, de entrar en contacto con los otros, con nuestro entorno, pues el hecho de ver y oír no tiene importancia en sí mismos, pero las identidad del Yo, se forma, crece, se goza y se mantiene con el ver y el escuchar (Montessori, 2013, p.88).

Es ahí, donde el cántico liberador permite a la comunidad lo siguiente: por una parte, aprender a través de los sentidos y recobrar la vista como Bartimeo, quien escuchando reconoce a Dios haciendo pascua por su vida; por otra, entrando en diálogo llega a la reflexión que le inspira la pregunta introspectiva de Jesús ¿Qué quieres que haga por tí? De manera que experimentando la liberación de Dios en su propia vida, se compromete recorriendo el camino detrás del Maestro.

Una Vida en Clave de Adoración

Una de las funciones principales de la música -más aún, en el ámbito religioso- es adorar y bendecir a Dios, pues todas las cosas tanto visibles como invisibles fueron hechas para dar gloria a su creador (cf. Col 1,16). Antes de terminar este trabajo de exégesis investigativa, queremos comprender lo que implica una experiencia de adoración desde la enseñanza planteada por Dios en la persona de Jesús de Nazaret, quien llevó la relación con su Padre a nuevos ámbitos, rompiendo estereotipos no solo de su época, sino de toda la historia, permitiéndonos entrar a una esfera más amplia de la relación con Dios, a un nuevo nivel de comprensión, de respuesta al deseo del corazón que nos impulsa siempre hacia algo o alguien a quien adorar.

Si queremos dar una respuesta acertada a lo que por antonomasia se nos exige desde lo más profundo de nuestro ser, debemos preguntarnos, ¿qué es adoración?; para que al tenerlo claro, podamos comprender con mayor facilidad el cómo hacerlo.

Desde el ámbito bíblico, encontramos dos términos utilizados para expresar adoración: la expresión más utilizada en el Antiguo Testamento es el término hebreo Barak que significa bendecir, arrodillarse, postrarse; en griego la expresión más usada en la Biblia es Proskuneo que manifiesta la acción de besar la mano, hacer cortesía, reverenciar, tributar homenaje. De igual manera, la Iglesia católica nos presenta la adoración como un tipo de oración que se expresa primeramente en acciones; por ejemplo, Abraham expresó su adoración cuando escuchó el llamado de Dios y le respondió caminando según su voluntad, dejando la tierra de sus padres en Mesopotamia, marcada por la polilatría, para emprender un camino hacia Canaán, la tierra prometida (cf. Gn 12,1-4). Allí irá descubriendo junto con los suyos la adoración al único y verdadero Dios, que se revela caminando con su pueblo; es decir, con su familia, pues se identifica con ellos y los adentra en una nueva manera de vinculación con la divinidad, en la que todos son hermanos protegidos por un mismo Padre (Baena, sf, p. 20).

La música debe ser siempre para “alabanza de su gloria” tal como lo recuerda la carta a los Efesios en tres ocasiones (cf. Ef 1,3-14). A primera vista, la fórmula empleada por los autores de las cartas a los Colosenses y a los Efesios, nos puede hacer pensar que Dios se muestra con una especie de auto-centrismo divino o un interés egoísta, como si necesitara del reconocimiento humano para satisfacer su ego. Pero debemos tener presente que si Dios toma alguna iniciativa, no ha sido con la intención de obtener gloria de ello, de ser reconocido y alabado por lo que hace. Sin embargo, si lo que Dios hizo, hace y sigue haciendo suscita la alabanza de nosotros los seres humanos, es porque reconocemos en ello una gracia recibida

que colma plenamente nuestros anhelos. Entonces cantamos pretendiendo adorar a Dios a través de la música, porque así, los creyentes afirmamos que somos beneficiarios de unos dones divinos. No obstante, la adoración que se quiere realizar con la misma vida, llena de admiración y agradecimiento con Dios, no podría concebirse como una meta ya alcanzada, sino que apoyados en lo que ya se ha hecho, volvemos nuestra mirada hacia el futuro, con la certeza de que el Dios que nos ha dado tanto, seguirá otorgando mucho más. De esta manera, una vida que se busca vivir en clave de adoración se muestra regularmente abierta hacia el futuro, lleva consigo la esperanza que proviene de los recuerdos actualizados del obrar de Dios, y nos mueve a seguir cantando Las maravillas que están por venir, pues como en las bodas de Caná, Él deja siempre lo mejor para el final (cf. Jn 2,1-12).

Por último debemos recordar que la música es una herramienta de la nueva evangelización, que nos permite llevar una vida en clave de adoración siempre que conserve en su centro: a la persona de Jesús; al propósito de la construcción del Reino y la atención a las personas; solamente así se hará posible un encuentro real con Dios. No obstante el horizonte es sumamente ancho, tanto como el mundo, por eso no puede cerrarse a ninguna experiencia humana; sino que debe cultivar el diálogo intercultural con profunda atención, para encontrar en todas partes las semillas del Verbo (Benedicto XVI, 2012, #10).

Conclusiones

A partir del sentido auditivo, el ciego Bartimeo tuvo una experiencia reveladora gracias al diálogo establecido con Jesús, es decir, experimentó a través de la escucha el paso de Dios que le posibilita recuperar la visión perdida. De esta manera, la perícopa trabajada puede ser considerada como uno de los textos vocacionales de mayor relevancia dentro del evangelio de Marcos; allí, la música como herramienta artística del discípulo y como medio que comunica la belleza de Dios puede encontrar su lugar, reconociendo su función como instrumento de revelación y liberación ante la exclusión social y moral que generan los poderes políticos en alianza con los poderes religiosos.

El texto de Mc 10,46-52 invita a la Iglesia a poner los ojos una vez más en los favoritos de Dios, en los necesitados, excluidos y marginados, en los que han sido olvidados tantas veces por una institución ciega. La Iglesia se ha preocupado más por el poder, por la liturgia mal entendida y reducida a lugares de culto, por las expresiones vacías que carecen de dinamismo salvador, de fuerza transformadora y de capacidad liberadora, de modo que ha llegado a convertirse en una institución carente de Evangelio, de Buena Nueva para el mundo. Esta es la razón pro la cual se presenta el discipulado como un camino revelado por Jesús para alcanzar la liberación frente a toda estructura de

poder; es un estilo de vida capaz de superar el ruido enceguecedor, como resultado de caminar con los ojos fijos en el misterio de la encarnación y en la práctica del mandamiento principal, el Shemá, que invita a escuchar la voz de Dios y a amarlo con todo el ser, amando al prójimo como a uno mismo (cf. Dt 6,4); y para amar al prójimo, primero hay que tener los oídos abiertos a su necesidad, siendo capaces de poner por encima de nuestras agendas celebrativas o rituales, la ayuda al necesitado, al perdido o marginado, y así, vivir la fiesta de la fe cristiana que nace del encuentro, viviendo el amor divino en el amor al prójimo; esto es, perder el interés jerárquico acaparador y centrarse en la necesidad del sufriente. Surge así el verdadero cristiano, que no es otra cosa que un discípulo que a ejemplo del Maestro ha abierto sus oídos a la escucha atenta del otro.

Reconocer a Jesús Maestro de la misma forma como lo hizo el ciego Bartimeo, es un paso fundamental para comprender el papel liberador de la música cristiana, que en el ámbito pedagógico, abre un camino de liberación, de acceso al conocimiento, sacándonos del modelo educativo bancario e invitándonos a iniciar un proceso dialógico en la educación, que permita un aprendizaje significativo al involucrar los sentidos. Así, la música participa activamente como Verbo hecho melodía, que transmite enseñanzas que llevan al ser humano por un camino de concientización y de humanización gradual y constante.

Ahora bien, la música popular cristiana no requiere solo de un contenido religioso, pues no se trata de una simple doctrina a compartir; sino que, debe convertirse en signo del Reino, en Dios hecho música. Esto requiere, que quienes emiten los cantos, respalden su celebración musical con una vida transformada, siendo testimonio de esa coherencia que encarnan hombres y mujeres al llevar a los demás, con sus obras y sus melodías, la Buena Nueva de Jesús de Nazaret.

El cristianismo puede resultar opacado, alterado y enceguecido por ideas equivocadas o distorsionadas, que bajo la excusa de brindar espacios novedosos, termina recurriendo a la música como oferta, como pseudo-respuesta a una sociedad consumista, corriendo así el riesgo de adulterar el mensaje de Jesús de Nazaret, es decir, el proyecto del Reino de Dios. Más aún, cuando la industria musical hace alianza con la experiencia religiosa, adentra al ser humano en una conducta acaparadora, que domina a la persona y la envuelve en una sobreoferta de encuentros, conciertos y canciones, que no son más que un mercado de sensaciones que terminan caricaturizando la manera de vivir y expresar la fe, haciendo estéril la tarea misionera, limitando la música a ser mera limosna que adormece la voz de las conciencias. Para evitar esto, es indispensable que se rompan las alianzas con las estructuras del poder opresor y del consumismo neoliberal. Dicha ruptura no implica que el ejercicio de lo artístico deje de ser remunerado, pues como en todo oficio el trabajador tiene derecho

a su paga; simplemente requiere que la remuneración no sea el centro de la música, sino la persona misma y su oportunidad de comunicar el Evangelio.

Emitir una melodía en clave de revelación requiere un compromiso cristiano por parte de los grupos musicales, cantantes y compositores, donde la formación bíblica sea tan importante como la musical, para que cada canción que se interprete en los diferentes escenarios sea coherente con lo revelado por Jesús de Nazaret, para que sea verdadera expresión de lo que cree y vive la comunidad, y que siga siendo eco del clamor del pueblo necesitado de salvación. Para esto, es necesario un acompañamiento cercano por parte de la comunidad académica del área de teología bíblica, que partiendo de los hallazgos académicos recientes, pueda aportar, enriquecer e iluminar cada vez más la experiencia cristiana vivida y celebrada por medio de la música, que como misterio, contiene y expresa la belleza de un misterio mayor, Dios Padre. Así, podrá producirse y cantarse música más cargada de Espíritu, que humanice cada vez más las conciencias y las transforme, hasta hacerlas capaces de comprender, construir y vivir el Reino de Dios.

Por último, podemos decir que el papel principal de la música popular cristiana es ser respuesta de Dios a las necesidades del ser humano; ella propicia un apocalipsis en la vida de los oprimidos, quienes gracias a la escucha atenta, reconocen a Dios haciendo pascua por sus vidas.

Referencias

- Aguirre, R., Álvarez, D., Bernabé, C., Gil, C., Miquel, E. y Guijarro, S. (2011). *Así empezó el cristianismo*. España: Verbo Divino.
- Baena, G. (s.f). *El pueblo de Dios en la revelación*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Benedicto XVI (2012). *XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos: Mensaje al Pueblo de Dios*. Roma: Editrice Vaticana.
- Benedicto XVI (1995). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Bogotá: Apostolado Bíblico Católico.
- Benedicto XVI. (2007). *Documento conclusivo V Conferencia Episcopal Latinoamericana*. Aparecida: San Pablo.
- Bermejo, F. (2015). *Sub Tiberio quies? La situación política en Judea bajo los prefectos*. *Revista de Historia Antigua: Gerión*, 33, 131-150. <https://cutt.ly/QRql0cr>
- Boff, L. (2008). *Los sacramentos de la Vida*. Santander: Sal Terrae.
- Bonanata, E. (2020). *Ravasi: Francisco como Pablo VI, el arte es luz en la oscuridad*. <https://cutt.ly/dRql8t0>
- Bongiorno, L. F. (2014). *La afinación del canto y el auto-acompañamiento*. La Plata: UNLP.
- Bouyer, V. (2013). *Personajes anónimos del evangelio*. España: Verbo Divino
- Casas, J.A. (2016). *Encuentro entre dos hijos, el hijo de Timeo y el hijo de David: aproximación exegética al relato de la curación de Bartimeo (Mc 10, 46-52)*. *Theologica Xaveriana*, 182, 313-344.
- Castro, S. (2005). *El sorprendente Jesús de Marcos*. Madrid: Desclée De Brouwer
- Cardona, H. (2014). *Evangelio según San Marcos*. Medellín: s.n
- Carrillo, S. (2008). *El evangelio según San Marcos*. Navarra: Verbo Divino.
- Croatto, J. S. (1997). *Exilio y sobrevivencia*. Buenos Aires: Lumen
- Darwin, C. (1909). *El origen del hombre*. Valencia: Arte y Libertad.
- Dausá, A. (2002). *Encuentros con el maestro: la pedagogía de Jesús de Nazaret*. La Habana: Caminos.
- De la Torre, G. (2010). *Humanizarse en compañía de otros*. Quibdó: Fundación Universitaria Claretiana
- De la Torre, G. (s.f). *Ecoética a la luz del Génesis 1-11, una clave para releer y comprender los procesos de la creación y de la historia*. *Revista: Centro Telemático de Servicio a la Evangelización*. <https://cutt.ly/nRqzq8M>
- De la Torre, G. (2018). *La justicia, camino histórico de una ecología teológico-bíblica*. *Revista: Camino*, 6, 7-14.
- Delgado, A. (2011). *El acto educativo como lugar teológico*. *Reflexiones Teológicas*, 8, 37-56.
- Fausti, S. (2014). *Una comunidad lee el evangelio de Marcos*. Bogotá: San Pablo
- Flavio, J. (s.f.) *La guerra de los judíos*. s.l: Luarna.

Freire, P. (2013). Pedagogía del oprimido. México: Siglo XXI.

Fubini, E. (2005). La estética musical desde la antigüedad hasta el siglo XX. Madrid: Alianza.

Fubini, E. (2001). Música y lenguaje en la estética contemporánea. Madrid: Alianza.

Gourgues, M. (1993). Rezar los himnos del nuevo testamento. Navarra: Verbo Divino

Hernández, R. D. (2016). La educación recibida, la implementada y la pedagogía de Jesús. Revista Virtual Nuevas Búsquedas, 4, 5-69.

Jeremías, J. (1969). Jerusalén en tiempos de Jesús. Madrid: Cristiandad.

Lewis, J. P. (2012). La música en el nuevo testamento. La verdad para hoy. <https://cutt.ly/aRqzt7d>

Lozano, O., Santos, S., García, F. (2013). El cerebro y la música. México: Universidad Veracruzana.

Montessori, M. (2013). El niño: el secreto de la infancia. México: Diana.

Murray, R. (1993). El paisaje sonoro y la afinación del mundo. Barcelona: Intermedio.

Ortiz, I. (2014). La propuesta pedagógica de Jesús. <https://cutt.ly/PRqzuNj>

Pablo VI (1970). Constitución apostólica Laudis Canticum. Roma: Editrice Vaticana Page, C. A. (2005). Educación y evangelización: La experiencia de un mundo mejor. Argentina: Universidad Católica de Córdoba.

Pérez, R. (1985). Misticismo oriental y misticismo cristiano: caso típico, Teresa de Jesús. Bilbao: Universidad de Deusto.

Pikaza, J. (1997). Para vivir el evangelio. Navarra: Verbo Divino.

Ratzinger, J. (2007). Jesús de Nazaret. Bogotá: Planeta.

Ratzinger, J. (1995). Un canto nuevo para el Señor. Salamanca: Sígueme.